

La fuerza militar española en defensa de Pío IX (1848-1850)

The Spanish military force in defense of Pius IX (1848-1850)

Sergio Cañas Díez
Universidad de La Rioja-Universidad de Zaragoza
sergio.canas@unirioja.es

Resumen: La historia europea de mitad del XIX encuentra en la actuación militar española en Italia una interesante línea de investigación para entender la complejidad política de la España isabelina, en un contexto de guerra y revolución en Europa. En el caso del proceso de unificación italiano, respondía a una política exterior asentada en el liberalismo moderado, y que mediaba a nivel interno entre las tendencias más progresistas y la oposición del carlismo. Aunque este tema ha sido tratado desde otros puntos de vista, el impulso de los estudios militares acontecido en España en los últimos años ha despertado el interés de la investigación de este país sobre la creación de la nación italiana desde una perspectiva comparada. Igualmente, ha seguido aportando nuevos datos al debate sobre la presencia de tropas españolas en el contexto de la unificación italiana para continuar una discusión historiográfica que afecta a España e Italia. En este artículo analizamos estos hechos para reordenarlos y, al mismo tiempo, aportamos una interpretación más heterodoxa que la que puede consultarse en trabajos clásicos, fruto del conocimiento producido sobre el tema en la actualidad, de una novedosa investigación hecha en el Archivo Secreto Vaticano, y de la consulta de periódicos y novelas españoles del siglo XIX que opinaron e informaron sobre la fuerza militar española en defensa de Pío IX, decantando a la opinión pública en diversos sentidos según fuera su línea política editorial o la sensibilidad del autor.

Lo que queremos demostrar es que aunque los hechos de armas españoles producidos en Italia entre 1848-1850 no tuvieron la importancia deseada por parte del gobierno de Narváez, causando que buena parte de la opinión pública española se defraudase y reforzando las posiciones políticas críticas con esa intervención exterior, constituyeron un éxito notable al resituar a la España liberal del reinado de Isabel II entre las grandes potencias europeas del momento, una vez se había vencido al carlismo en la guerra civil, y las derrotas militares en el continente americano habían mermado sensiblemente la idea nacional-imperial del Antiguo Régimen. Por otro lado, también contribuyó a templar los ánimos internos entre los liberales progresistas favorables a la unificación italiana y los legitimistas patrios, quienes en todo mo-

mento se mostraron adictos a la causa de los Estados Pontificios por el significado de guerra reaccionaria que tuvo.

Palabras clave: España isabelina, expedición militar, Unificación de Italia, Ejército español, Pío IX.

Abstract: The European history of central years of the 19th century finds in the Spanish military action in Italy an interesting line of research in order to understand the political complexity of Isabelline Spain, within a context of war and revolution in Europe. In the case of the process of the Italian unification, it responded to a foreign policy based on moderate liberalism, which mediated internally between the most progressive tendencies and the Carlist opposition. Although this subject has been addressed from other standpoints, the impulse of the military studies taken place in Spain in recent years has aroused the interest of Spanish research on the creation of the Italian nation from a comparative perspective. Likewise, it has continued to contribute with new data to the debate on the presence of Spanish troops in the context of Italian unification, continuing an historiographical discussion that affects Spain and Italy. In this article we analyze these facts to reorder them and at the same time we contribute with a more heterodox interpretation than that which can be consulted in classical works, fruit of the knowledge produced on the subject at present, of a novel investigation made in the Vatican Secret Archive, and of the consultation of nineteenth-century Spanish newspapers and novels that opined and reported on the Spanish military force in defense of Pius IX, decanting public opinion in various ways according to its editorial policy line or the sensitivity of the author.

What we want to demonstrate here is that although the Spanish operation in Italy between 1848-1850 did not have the desired importance on the part of the government of Narváez, causing that a significant part of the Spanish public opinion to be disappointed and reinforcing the critical political positions with that external intervention, they were a remarkable success in several aspects. On the one hand, to resituate Isabel II's liberal Spain between the great European powers of the moment, once the Carlism had been defeated in the civil war, and the military defeats in the American continent had diminished sensibly the national-imperial idea of the Old Regime. On the other hand, it also helped to temper the internal moods between liberal liberals favourable to Italian unification and patriotic legitimists, who were addicted to the cause of the Papal States because of the reactionary sense the war had.

Keywords: Isabelline Spain, military expedition, Italian Unification, Spanish army, Pius IX.

Para citar este artículo: Sergio CAÑAS DÍEZ: “La fuerza militar española en defensa de Pio IX (1848-1850)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 12 (2017), pp. 173-197.

Recibido: 03/07/2016

Aprobado: 19/12/2017

La fuerza militar española en defensa de Pío IX (1848-1850)

Sergio Cañas Díez *

Universidad de La Rioja-Universidad de Zaragoza

“¿De qué habíamos que hablar sino de la expedición a Italia, general comidilla de estos días? Marchitas las ilusiones de los que vieron en el envío de tropas a Gaeta un principio de históricas hazañas militares, ¿qué hacían allí los españoles? Recibir la bendición del Papa, ocupar Terracina, y gastar su ardimiento en marchas y contramarchas”

Benito Pérez Galdós: *Narváez*, p. 84.

Introducción

La Unificación de Italia y su influencia en la historia de España ha sido y es un tema interesante para conocer el periodo de Isabel II frente a la Europa de su tiempo.¹ Italia se abría al mundo por su proceso revolucionario y era un suelo donde seguir dirimiendo la lucha europea del ochocientos entre el liberalismo y el absolutismo. Sin embargo, contaba con la particularidad de albergar en su seno el centro del catolicismo mundial, una característica que imprimía un carácter particular al caso italiano y complicaba las alianzas internacionales. Por eso vamos a analizar el apoyo español a Pío IX entre 1848-1850, partiendo de la perspectiva de la guerra europea librada entre liberales y legitimistas con distintas repercusiones nacionales durante el siglo XIX.²

* Doctor en historia contemporánea. Investigador postdoctoral de la Universidad de La Rioja e investigador de la Universidad de Zaragoza (GI: Historia de España en el siglo XX: sociedad, política y cultura. Código UNIZAR: 250118/2). Este artículo forma parte de una investigación más amplia de la que aquí se exponen las conclusiones referentes a los aspectos políticos y militares, que se ha hecho gracias a una ayuda para estancias breves concedida por la Universidad de La Rioja (2013-2015) bajo la tutela del profesor C. Pinto (Universidad de Salerno). Agradecemos a estas instituciones y personas su contribución. Asimismo, damos las gracias a los informantes de la revista por sus valiosos aportes de cara a mejorar este trabajo.

¹ Jaime VICENS VICÉS: “Relaciones entre Italia y España durante el *Risorgimento*”, *Obra Dispersa*, vol. 2, 1967, pp. 336-343.

² Carmine PINTO: “Crisi globale e conflitti civili. Nuove ricerche e prospettive storiografiche”, *Meridiana*, 78, (2013), pp. 9-30, y “Guerras europeas, conflictos civiles, proyectos nacionales. Una interpretación de las restauraciones napolitanas (1799-1866)”, *Pasado y Memoria*, 13 (2014), pp. 95-116. Jordi CANAL: “Guerras civiles en Europa en el siglo XIX o guerra civil europea”, en Íd. y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (dirs.), *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, pp. 25-38.

A pesar del total de proyectos teóricos, solo se realizaron dos expediciones militares en suelo italiano con un total de 8.500 soldados movilizados,³ lo que explica por qué estas operaciones militares se han tratado en la historiografía española desde otros puntos de vista transversales: políticos, religiosos, diplomáticos y periodísticos, fundamentalmente.⁴ No es tan lógica su minusvaloración en términos militares observada en buena parte de la historiografía hispano-italiana, aunque ya desde la propia época se juzgó de manera negativa y crítica en buena parte de la prensa no alineada con las tesis del gobierno. Recordemos la sentencia popular recogida por un novelista de la talla de Galdós, que decía «Por todas partes se va a Roma (...) menos por Gaeta».⁵ No era sino una interpretación que podía leerse en la prensa española contraria al gobierno moderado, y que estaba en mitad del debate parlamentario sobre asuntos exteriores durante esos años. Pero no recogía ni ponía en valor las tesis de la prensa moderada y la defensa gubernamental de la intervención.

No obstante, el interés despertado por el estudio correlacional de ambos espacios por el proceso de creación del Estado nacional italiano, muy acusado en nuestro caso particular y en el de otros colegas en torno a la conmemoración de los 150 años de la unificación italiana,⁶ ha renovado la reflexión intelectual en España, creando un nuevo debate sobre la intervención militar española en Italia. Aunque en Italia ya existía una línea historiográfica propia anterior solo para la época de 1848-1850,⁷ en el caso español no dejaba de ser parte de estudios generales so-

³ Emilio ESTEBAN-INFANTES: *Expediciones españolas: siglo XIX*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1949, p. 135.

⁴ Mariano PÉREZ: *Historia de la revolución de Italia en 1848-1849*, Madrid, Librería de Castillo, 1851. José DEL CASTILLO: *Historia crítica de las negociaciones con Roma desde la muerte del Rey Fernando VII*, Madrid, Imp. de Tejado, 1859. Jerónimo BECKER: *Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, Imp. de vda. e hijos de Jaime Ratés, 1924-1927, vol. II (1839-1868). Luis GARCÍA: *La República Romana de 1849*, Madrid, Imp. Góngora, 1932. Antonio EIRAS: "La unificación italiana y la diplomacia europea", *Revista de Estudios Políticos*, 133 (1964), pp. 129-156. Sonsoles CABEZA: *Los sucesos de 1848 en España*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981, y "La actitud de los obispos españoles ante la unificación italiana", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 18 (1996), pp. 45-66. Fernando JIMÉNEZ: *Los gobiernos de Isabel II y la cuestión de Italia*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1988. Franco DÍAZ DE CERIO: *Instrucciones secretas a los nuncios de España en el siglo XIX (1847-1907)*, Roma, Universidad Pontificia Gregoriana, 1989. Juan María LABOA: "Las revoluciones de 1848", en *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid, BAC, 1999. Fernando GARCÍA y José Ramón URQUIJO: "España y la República Romana" *Rassegna Storica del Risorgimento*, 86 (1999), pp. 317-346. María Inés PASCUAL: "Gobierno y diplomacia españoles ante la República Romana de 1849", en Manuel ESPADAS (ed.), *España y la República Romana en 1849*, Roma, CSIC, 2000. Sergio CAÑAS: "El catolicismo español frente a la Unificación de Italia", en Eugenia GRANITO, *Un popolo uno Stato*, Salerno, Plectica, 2012, pp. 189-224.

⁵ Benito PÉREZ GALDÓS: *Narváez*, p. 69.

⁶ Antonio LÓPEZ: "España y la(s) cuestión(es) de Italia", *Giornale di Storia Costituzionale*, 22 (2011), pp. 91-101.

⁷ Ruggero MOSCATI: *La Diplomazia Europea de il problema italiano nell 1848*, Florencia, Sansoni, 1947. Leopoldo SANDRI: "L'intervento militare spagnolo", *Rassegna Storia del Risorgimento*, 37 (1950), pp. 459-464. Alberto Maria GHISALBERTI: "L'archivio dell'ambasciata di Spagna presso la Santa Sede", *Rassegna Storica del Risorgimento*, 40 (1953), pp. 232-237. Luigi FILIPPO: "La seconda guerra d'indipendenza e le sue ripercussioni in Spagna", *Rassegna Storica del Risorgimento*, 41 (1954), pp. 771-789. Maria CESSI: "Intorno alla Conferenza di Gaeta del 1849", *Rassegna Storica del Risorgimento*, 41

bre la influencia del *Risorgimento*, salvo algunas excepciones bastante posteriores en el tiempo.⁸ Este nuevo interés por el tema de la historia militar, al que se han sumado nuevas aportaciones y propuestas que, como la presente, vinculan el elemento militar con el diplomático y político sin minusvalorarlo, trata de contextualizar la importancia militar que tuvo en su tiempo.⁹ Así, se ha ampliado y renovado el conocimiento sobre la materia tratada a tenor de los resultados producidos por la investigación de nuevas fuentes documentales que afiancen nuestras conclusiones.

Para aportar novedades al debate historiográfico, que hasta la fecha ha mantenido posturas encontradas en lo referente a la evaluación de los hechos de armas españoles y de la política exterior europea por parte del reino de España de mitad del siglo XIX, contamos con la actualización de los estudios que se han hecho sobre el tema de la intervención militar española en Italia para contribuir a la defensa de Pío IX; la importancia que tuvo en las relaciones Iglesia-Estado desde el punto de vista de la historia de España; el intento de materializar un proyecto poco estudiado hasta la fecha que tenía por objeto la creación de un cuerpo militar español destinado a los Estados Pontificios en 1850; la vigilancia y el espionaje de Garibaldi desde su salida de Roma hasta su marcha al continente americano; y la propia explicación de las tesis del gobierno moderado.

La política italiana vista desde España

A la Europa de las guerras napoleónicas le sucedió el orden impuesto por el Congreso de Viena, por el que la península italiana quedó dividida y en poder de diversos reinos y poderes absolutistas: el Piamonte administraba Saboya, Génova y Cerdeña; Austria gobernaba Lombardía y el Véneto; los ducados de Parma, Módena y Toscana estaban controlados por archiduques austríacos; el papa era el rey de los Estados Pontificios de la Italia central; y los Borbones italianos gobernaban en el Reino de las Dos Sicilias, que ocupaba toda la Italia meridional.

(1954), pp. 299-303, y “Contributi alla storia della conferenza di Gaeta”, *Rassegna Storica del Risorgimento*, 45 (1958), pp. 219-272. Giacomo MARTINA: *Pío IX (1846-1850)*, Roma, Universidad Gregoriana, 1974, y “Ancora sull’Allocuzione del 29 aprile e sulla politica vaticana in Italia nel 1848”, *Rassegna Storica del Risorgimento*, 54 (1987), pp. 40-47. Gaetano ANDRISANI: *Pío IX a Gaeta*, Gaeta, La Poligrafica, 1974. Alessandro MANCINI: “Presenza straniera nell’esercito pontificio 1850-1870”, *Rassegna Storica del Risorgimento*, 73 (1986), pp. 161-186. Domenico DEMARCO: *Una Rivoluzione Sociale. La Repubblica Romana del 1849*, Napoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1992. Augusto ROSSI: *Pío IX e la distruzione della Repubblica Romana*, Roma, Serarcangeli Editore, 2001.

⁸ José María GOÑI: “Un fallido proyecto de legión de voluntarios españoles para los Estados Pontificios (1848-1850)”, *Anthologica Annua*, 32 (1985), pp. 109-318. Manuel ESPADAS (ed.): op. cit.

⁹ Gonzalo PORRAS: *Expedición a los Estados de la Iglesia (1849-50)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008. Vicente PUCHOL: *La intervención militar española en la restauración de Pío IX (1848-50)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Pontificia de Comillas, 2009, y *Diario de operaciones del cuerpo expedicionario a los Estados Pontificios (1849-50)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011. Sergio CAÑAS: “Militares españoles en la Unificación de Italia: los diarios de operaciones como fuentes historiográficas”, en Enrique BENGOCHEA et al. (eds.), *Relaciones en conflicto. Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*, Valencia, AHC y Universidad de Valencia, 2015, pp.189-195.

nal.¹⁰ Aunque la política general de todos esos estados era absolutista en mayor o menor medida,¹¹ el progreso material y la implantación del ferrocarril dado con posterioridad hicieron que las ideas revolucionarias-unitarias ya existentes se popularizaran, aunque todo intento revolucionario fracasó como en 1820 y 1830. Un panorama que ya era recogido por la propia historiografía española de la segunda mitad del ochocientos: «Las semillas que había dejado en Italia el paso de los ejércitos republicanos principiaron a brotar cuando los reyes volvieron a sentarse en sus tronos, pero la reacción se presentaba con aspecto tan amenazador, que los defensores de las ideas del 89 se vieron obligados a llevar adelante su obra en el silencio y en la oscuridad».¹²

Lo cierto es que no había un solo proyecto revolucionario y unitario, sino varios: la federación de los estados bajo el gobierno del pontificado propugnada por Gioberti; una República unitaria y liberal defendida por Mazzini; y la anexión de todos los territorios al reino del Piamonte como la monarquía constitucional italiana, mantenida por Cavour. En 1846, Pío IX era elegido papa y los sectores unionistas romanos se esperanzaron por lo que consideraban era un papa liberal.¹³ Una vinculación ideológica que fue alabada o criticada por distintos sectores políticos españoles.¹⁴ Inicialmente se mostró más aperturista que su antecesor Gregorio XVI, pero en la primavera revolucionaria de 1848 los unionistas romanos renegaron de Pío IX cuando se opuso a la guerra de Piamonte contra Austria por ser una nación católica. Ese hecho des-

¹⁰ Indro MONTANELLI: *L'Italia del Risorgimento 1831-1861*, Milán, Rizzoli, 1972.

¹¹ Por ejemplo en el reino de las Dos Sicilias, la monarquía de Fernando IV (1815-1825) se ha denominado “monarquía administrativa”, Francisco I mantuvo una política “paterna entre la represión y la reforma” en su breve reinado (1825-1830), y su hijo Fernando II, una política reformista en los primeros años de su reinado, durante la década de 1830. Giovanni VITOLO y Aurelio MUSI: *Il Mezzogiorno prima della questione meridionale*, Florencia, Le Monier, 2004, pp. 183-185. En cambio en los territorios gobernados por Austria la persecución de los liberales era la norma, como la literatura decimonónica ha dado buena cuenta. Cfr. STENDHAL: *La cartuja de Parma*, pp. 129-130. «Y en Parma todo el que no es noble ni beato, está en la cárcel o se dispone a entrar en ella», *Ibidem*, p.144. «El príncipe no era hombre malo, a pesar de lo que hayan dicho los liberales italianos. Ciertamente es que había mandado encarcelar a no pocos de ellos; pero era por medio, y solía repetir como para consolarse de ciertos recuerdos: Más vale matar al diablo que no que el diablo nos mate», p. 172. Por otro lado, en Módena se ha señalado el uso de tortura y drogas para obtener delaciones, mientras que en Toscana su duque tenía fama de ser «el déspota más benévolo». Cfr. Francesc NAVARRO (dir.): “*Risorgimento* y unidad italiana”, *El siglo XIX en Europa y Norteamérica*, Madrid, El País, 2004, p. 214. Incluso Austria presionó a Gregorio XVI para que reformase la administración para que fuera más eficiente, sin contenidos revolucionarios. Indro MONTANELLI: *op. cit.* En el caso del Piamonte, así como el rey Víctor Manuel I «publicó un decreto suprimiendo todo lo que había establecido la dominación francesa», es decir, los ecos de las reformas napoleónicas, a partir de 1845-1847 el rey Carlos Alberto impulsó un sistema reformista. Vid. M. LEAL Y MADRIGAL: *La Guerra de Italia*, Barcelona, Establecimiento tipográfico de Narciso I, 1859, p. 24. y Pierre MILZA: *Historie de l'Italie: Des origines à nos jours*, Fayard, 2005.

¹² M. LEAL Y MADRIGAL: *op. cit.*, p. 24.

¹³ Ludwig HERTLING: *Historia de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1961, p. 441.

¹⁴ Vicente CÁRCEL: “Un siglo de relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede (1834-1931)”, *Anales de Historia Contemporánea*, 25 (2009), p. 322. Por otro lado, esta mejora de las relaciones fue vista en algunos ámbitos legitimistas españoles como una muestra del liberalismo de Pío IX, diciendo que era un Robespierre con tiara, un luterano y un hereje. Vid. Benito PÉREZ GALDÓS: *Las tormentas del 48*, pp. 43-45. También la prensa carlista criticó al liberalismo porque «abogan hoy porque el ilustre Pío IX (...) se constituya caudillo revolucionario de los pueblos italianos». Cfr. *La Esperanza*, 10-1-1848, p. 1.

encadenó una revolución en Roma y el exilio de Pío IX en Gaeta para tratar de recuperar sus dominios tras huir de Roma a finales de noviembre, con la ayuda de las embajadas de Baviera, Francia y España.¹⁵

En los primeros días de 1848, la prensa española ya había informado que la política militarista austriaca en Italia trataba de «hacer frente a cualquiera de las eventualidades que puedan surgir», cuando cambió el soberano del ducado de Parma.¹⁶ Citando a la prensa de Austria, incluso se sabía que podría formarse una liga internacional compuesta por Austria, Prusia y Francia para garantizar la estabilidad continental, donde «si los liberales italianos son imprudentes» operaría «contra Italia».¹⁷ El periodismo progresista acusó a Austria de tratar «de paralizar las reformas y el movimiento liberal en la península italiana» cuando invadió los ducados de Módena y Parma, haciéndose eco de la prensa toscana, que juzgó la intervención como un «acto de agresión internacional (...) con complicidad del gobierno francés».¹⁸ Incluso la prensa legitimista criticó el hecho anticipando que se producirían nuevos estallidos revolucionarios en Italia:

La ocupación de Parma y Módena por las tropas austriacas es un insulto hecho directamente a Pío IX. A su honor, a su justicia y a su bien acreditada energía competen la reivindicación de los derechos ultrajados por este acto de *irrecusable usurpación*, y la represión de los nuevos atentados que van a venir enseguida.¹⁹

Tras el inicio de la Primavera de los Pueblos, las revoluciones de 1848, y una vez Pío IX huyó de Roma, el apoyo del gobierno de Narváez no se hizo esperar. Esta primera operación diplomática española junto a Pío IX es significativa, pues fue el inicio de las operaciones militares y diplomáticas que vendrían después. Las relaciones anteriores entre el Estado liberal español y la Santa Sede se habían visto tensadas por el proceso desamortizador de 1836, el apoyo dado al carlismo por algunos sectores eclesiásticos españoles en la guerra civil de 1833-1840 y la obligación de juramentar la Constitución de 1837 por parte del clero. Hechos que provocaron la ruptura unilateral de relaciones diplomáticas por parte del Vaticano.²⁰ Este clima de desacuerdos constantes y enfrentamientos diplomáticos terminaron con la llegada de los moderados al poder en 1844. A partir de aquí se produjo el reconocimiento de Isabel II como legítima reina de España por la Santa Sede, y por otro lado el gobierno de Narváez frenó toda renovación radical de la Iglesia española. Una mejora de relaciones donde el talante aperturista de Pío IX frente a

¹⁵ Giacomo MARTINA: “Pío IX e l’indipendenza italiana nell’allocuzione del 29 aprile 1848”, *La Civiltà Cattolica*, 118 (1967), pp. 23-39. José María GOÑI: “La huida de Pío IX en los documentos diplomáticos españoles”, *Miscelanea José Zunzunegui*, Vitoria, Este, 1975. Incluso se planificó llevarlo a la isla de Mallorca según otros trabajos. Cfr. Paolo PALAZZI: “Pío IX a Gaeta. Fu una fuga di viltà?”, *Pío IX. Studi e ricerche sulla vita della Chiesa del Settecento ad oggi*, Ciudad del Vaticano, 1974, pp. 179-206.

¹⁶ *El Popular*, 3-1-1848, p. 3.

¹⁷ *El Observador*, cit. en *El Católico*, 5-1-1848, p. 2.

¹⁸ *El Clamor público*, 7-1-1848, p. 1. *La Patria*, cit. en *El Clamor público*, 7-1-1848, p. 1

¹⁹ *La Esperanza*, 10-1-1848, p. 1.

²⁰ Vicente CÁRCEL: op. cit., pp. 318-321.

Gregorio XVI resultó importante para terminar de explicar la reacción española de cara a ayudar a Pío IX entre 1848 y 1850.

Las noticias que llegaban desde Roma sobre la fuga de Pío IX y la ayuda española expresaban las distintas posturas políticas españolas, fueran favorables o contrarias.²¹ La actitud de la prensa gubernamental se basó en reproducir las opiniones de la nunciatura y en todo momento actuó como correa de transmisión de los despachos vaticanos.²² La demanda de socorro de Pío IX, cuando escribió a todas las naciones europeas para recabar apoyo, movió al gobierno de Narváez a convocar una conferencia europea internacional y católica para tratar de restablecer el gobierno pontificio.²³ La respuesta popular masiva de apoyo a la causa de Pío IX, auspiciada y patrocinada por el gobierno y la Iglesia, tampoco se hizo esperar.²⁴ Incluso el discurso de Isabel II en la apertura de las Cortes fue en ese sentido:

Como era de esperar de su paternal solicitud, la Santa Sede ha restablecido completamente sus antiguas relaciones con la católica España, pero al anunciaros tan fausto suceso no puedo dejar de recordar otro funesto y doloroso: el Sumo Pontífice se ha visto obligado a abandonar la capital del orbe católico y buscar refugio en tierra extraña. En tan dolorosa circunstancias, no he vacilado un momento en ofrecerle el apoyo de la España (...) esta nación siempre católica y piadosa.²⁵

Este apoyo decidido e inmediato fue reconocido por Pío IX cuando escribía a Isabel II desde Gaeta para agradecer los esfuerzos de España, transmitirle su voluntad de resistencia e informarle de que el embajador español junto al francés y los ministros de Portugal y Baviera habían sido sus primeros aliados en su refugio.²⁶ Con todo, la poca potencia militar española en comparación con la de la tropa francesa era conocida por la Santa Sede antes del envío de los primeros buques de guerra, y la secretaria de Estado vaticana ya previno que las tropas españolas deberían coordinarse acuerdo con la armada francesa, porque

²¹ La prensa conservadora reprodujo los tristes sucesos acaecidos en la Roma revolucionaria, como *El Herald*, 29-11-1848 y 30-11-1848, o *El Católico*, 27-11-1848, donde escribía el nuncio apostólico en España. La prensa progresista dijo que «Pío IX se había fugado para no reconocer los derechos del pueblo». Cfr. *La Época*, cit en: *La España*, 7-1-1849.

²² En todos los despachos cruzados entre la secretaria de Estado y la nunciatura apostólica, para que el gobierno hiciera pública algún tipo de información sobre la situación de Pío IX o las circunstancias de la República Romana -tildado de gobierno sacrílego, ilegítimo y anárquico-, se recibía como contestación afirmativa: «En la Gaceta de hoy habrá visto (...) que el gobierno de S.M., según el deseo manifestado por V. E., (...) se ha apresurado a publicar el acta de Su Santidad a que aquella se refería». Normalmente, se publicaba la información al día siguiente de recibirla. Archivo Secreto Vaticano (ASV), nunciatura Madrid (NM), sig. 313, cap. 8, parte 1, p. 55. Carta de Palacio, 17-12-1848.

²³ Luis GARCIA: op. cit., pp. 86-89. ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 1, pp. 216-217.

²⁴ Archivo Catedral de Calahorra, Actas del cabildo, sig. 174, 16-12-1848. Sergio CAÑAS: «El catolicismo...», pp. 194-196.

²⁵ ASV, NM., sig. 313, cap. 8, parte 1, p. 60. 15-12-1848.

²⁶ ASV, NM. Ma., sig. 313, cap. 8, parte 1, p. 1b. 6-12-1848.

(...) desgraciadamente el reino católico no está en condiciones de prestar gran ayuda con fuerzas de tierra y mucho menos de mar. La posición de Cataluña donde solamente tiene empleados 40.000 hombres para hacer frente a la facción es imponentísima. En otras partes reclaman toda la atención el movimiento republicano.²⁷

La prensa italiana conocía igualmente los levantamientos armados que tenían lugar en España. Aunque les resultaba imposible precisar el movimiento insurreccional del norte de España porque los rebeldes que el gobierno decía estaban destruidos aparecían y desaparecían constantemente, sí que conocían la banda aragonesa de Vázquez, compuesta por 1.200 hombres, y la presencia de Cabrera en Huesca.²⁸ Por ello, todas las previsiones internacionales eran las de un apoyo más moral y político que material y militar, pese a que Francia, Austria y Nápoles eran favorables a la resolución del conflicto por la vía militar. Los propios ritmos de la República Romana, que el 2 de diciembre de 1848 proclamaba una constitución política y convocaba para principios de febrero de 1849 una Asamblea Nacional de los Estados Romanos, terminó por demandar de manera más o menos directa el socorro armado de Pío IX a finales de enero de 1849.²⁹ Según el papa, al poder de la pluma había que sumar el poder de la espada:

(...) contra el sacrilegio detestable que supone la convocación de una sedicente Asamblea General Nacional del Estado romano (...) para instaurar nuevas formas políticas en los Estados Pontificios. Añadiendo así iniquidad e iniquidad los autores y hacedores de la anarquía demagógica que trata de destruir la autoridad temporal del Pontífice romano sobre los dominios de la Santa Iglesia.³⁰

Para entonces España había mandado una pequeña escuadra naval compuesta de una fragata, dos corbetas, dos vapores y un pailebot, y se había ocupado en convocar la conferencia de países católicos a la que respondieron Austria, Nápoles y Francia, que junto a la propia España y la Santa Sede serían las partes implicadas en las Conferencias de Gaeta de 1849.³¹ No obstante, en los prolegómenos de la intervención militar española todavía se dudaba que esta mandase tropas:

Por fortuna la guerra civil, que poco ha se mostraba amenazadora y dispuesta a pagar sus horrores, parece completamente terminada; ningún jefe de prestigio de los que mandaban fuerzas carlistas o republicanas, pisa ya el territorio español. (...) Últimamente no se ha hablado de otra cosa que de la expedición a Italia (...) Sin embargo

²⁷ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 1, p. 81. 4-12-1848.

²⁸ *Il Contemporaneo*, 17-11-1848.

²⁹ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 1, p. 7. 26-1-1849.

³⁰ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 pp. 603 1-1-1849.

³¹ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 2, p. 562. 6-1-1849.

de estos aprestos, no falta quien diga con visos de certeza que no tendrá lugar la intervención española en Italia.³²

A finales de febrero de 1849 el nuncio urgía a que se materializase la intervención militar. Las gestiones españolas para convocar la conferencia europea y católica estaban consiguiendo la adhesión formal de las potencias invitadas, pero el dominio temporal y las riquezas pontificias mermaban rápidamente. España debía mandar sus tropas a los Estados Pontificios, teniendo además en cuenta que el gobierno piemontés negociaba con la Roma republicana y que el gabinete británico se mostraba indiferente a la intervención armada. Como última razón de peso se aludía al restablecimiento del Santo Padre a su plena libertad.³³

España y las conferencias de Gaeta

La intervención militar española en defensa de Pío IX fue subsidiaria frente al papel de Francia y Austria porque las tropas no entraron en combate. Las previsiones periodísticas se cumplieron. Pero cabe establecer ciertos matices, porque la actuación militar no se correspondió con la «imagen falsa y deplorable» de lo que realmente fue la actuación militar española según algunos autores clásicos italianos.³⁴ Primordialmente porque las primeras iniciativas militares fueron propuestas por Nápoles a Austria y España, para realizar una intervención militar conjunta en Roma, con el beneplácito y participación pontificia. Si ninguno de estos proyectos se llevó a cabo y tampoco la propuesta para la intervención hispano-francesa-pontificia, no fue únicamente por la falta de fuerza militar española. Todos los países aliados de Pío IX estaban de acuerdo en el fin pero discutían por los medios para alcanzarlo, y ni Francia ni Austria cedieron protagonismo ni liderazgo militar.³⁵ No obstante, el papel español fue importante para mediar entre Austria y Francia y para aportar soluciones de futuro destinadas a la defensa del papado.

En Gaeta se reunieron con el cardenal Antonelli, representante de la Santa Sede, los plenipotenciarios europeos de Austria, Francia, Nápoles y España, representada por su embajador en la Santa Sede, Martínez de la Rosa, que acudieron a la llamada española para auxiliar a Pío IX. Fueron 15 jornadas celebradas desde el 30 de marzo de 1849 hasta el 11 de marzo de 1850, celebrada esta última en Portici.³⁶ Las Conferencias de Gaeta fueron criticadas por la historiografía italiana por ir por detrás de los acontecimientos militares. Y lo cierto es que muchas veces las acciones militares las decidieron unilateralmente los distintos países. Además, a su carácter de centro de operaciones militares se le añadieron también discusiones políticas. Para el general Fernández de Córdova eran ridículas, para el ministerio de la guerra no acordaban nada

³² *La Ilustración*, 19-5-1849.

³³ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 2, p. 530-531. 22-2-1849.

³⁴ Vicente PUCHOL: *Diario...*, p. 19.

³⁵ Vicente PUCHOL: *La intervención...*, pp. 64-66.

³⁶ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 3 pp. 606-611. 1-1-1849.

y para Donoso Cortés o bien no servirían para nada o bien no contentarían a nadie.³⁷ Pero observamos que España y la Santa Sede tuvieron muchos puntos de acuerdo y eso sirvió para trazar planes posteriores de manera conjunta.

En la primera sesión (30/3/1849) comenzaron las dificultades para consensuar una operación militar internacional coordinada. Antonelli estimaba que se necesitaban entre 25.000 y 30.000 soldados para la guerra, y España se comprometió a aportar entre 7.000 y 8.000 efectivos. Un número insuficiente para actuar autónomamente y liderar la ofensiva, pero que cumplió con su compromiso. La representación española se opuso a la propuesta de una intervención militar de Nápoles y Piamonte, ya que dudaba de la implicación piemontesa y había recibido críticas de ese reino por «las intenciones católicas» de España. Por su parte, ante la propuesta de una intervención hispano-napolitana Francia se negó por lo inconveniente de una operación militar extranjera en la que España se guiaba por cuestiones puramente religiosas y porque los propios romanos sufrirían los graves inconvenientes de 1814-1815 en Francia y de 1822 en España. Finalmente, decidieron distribuir las áreas de operaciones de cada ejército, asignándole las Legaciones a Austria, las Marcas a Nápoles, la Comarca Central y Roma a España, y Civitavecchia y el territorio fronterizo con Toscana a Francia.³⁸

Francia protestó esa decisión, y en la segunda conferencia (14/4/1849) propuso la intervención aislada francesa, siempre que Pío IX se comprometiese a conceder garantías políticas tras la victoria. Las demás naciones se negaron y defendieron una intervención conjunta, y Martínez de la Rosa tachó de ofensivo el tratamiento francés con el papa.³⁹ No obstante, el 25 de abril las tropas francesas desembarcaron en Italia y tomaron Civitavecchia, causando alarma entre el resto de potencias reunidas y alterando el plan inicial de la embajada española.⁴⁰ La iniciativa francesa precipitó la acción combinada hispano-napolitana, de modo que la flota española apoyó a las tropas napolitanas para tomar los fuertes de Terracina. Simultáneamente, los napolitanos trataron de tomar sin éxito Velletri y Frosinone, y Austria conquistó Bolonia.⁴¹

De esta compleja tesitura previa a la llegada del total de tropas españolas, sacamos varias conclusiones: Francia, con el general Oudinot a la cabeza de 32.000 soldados, lideraba la liberación de Roma gracias a su fuerza militar. Sus intereses eran la defensa de la independencia del papa y la libertad del pueblo romano, que según su parecer amenazaban el resto de potencias por su apoyo incondicional a Pío IX. La crítica situación militar napolitana no le permitía acompañar activamente sus decisiones políticas, pero la humilde intervención española resultó exitosa y podría llegar a ser interesante para los intereses particulares de la Santa Sede cuando llegasen más tropas:

³⁷ Vicente PUCHOL: *Diario...*, p. 39.

³⁸ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 pp.606-611 1-1-1849.

³⁹ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 pp.612-613 1-1-1849.

⁴⁰ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 pp.616-623 1-1-1849.

⁴¹ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 pp. 624-625, 626-631, 632-633. 1-1-1849.

Excelentísimo señor Nuncio. Muy señor mío y amigo: la escuadrilla española el 29 se presentó a atacar los fuertes de Terracina donde ondeaba el pabellón de la república. En el momento de emprender el ataque abatieron los españoles el pabellón y nuestros soldados ocuparon los fuertes y enarbolaron en ellos la bandera de Su Santidad que llevaban al efecto. La guarnición y el pueblo los recibieron con el mayor entusiasmo adornándose las casas con banderas con el lema de Viva Pío IX. Nuestros soldados destruyeron las minas hechas en la inmediación de la Torre Gregoriana y el rey de Nápoles en persona a la cabeza de su ejército entró en la población, llevando al frente de su guardia a los soldados y marinos españoles, en medio del mayor entusiasmo del pueblo. Nuestros buques mayores están ya en Barcelona al efecto para que (sic) ahora son llamados.⁴²

A partir de la octava conferencia (29/4/1849), y aunque Francia ya sitiaba Roma, la llegada de 5.000 soldados reforzó la posición española.⁴³ Si aumentaba su actuación militar, España podría conquistar un hueco entre las grandes potencias de Europa, y si la intervención tenía éxito se podría poner en práctica una política intervencionista propia basada en la mediación entre Francia y Austria para evitar una nueva guerra entre ambas naciones. Ayudando a Pío IX se ganaría el favor de las naciones católicas que, como Portugal, Bélgica o Baviera, no mandaron tropas. Además, cuando el conflicto terminase España trataría de guarnecer Roma y el territorio pontificio como ordenó el marqués de Pidal a Martínez de la Rosa. Por eso le pedía actuar con tacto y prudencia en Gaeta, ya que en caso de enfrentamiento abierto entre Francia y Austria las órdenes eran abandonar Italia para no comprometer a España en un conflicto para el que militarmente no estaba preparada y que no le iba a beneficiar.⁴⁴

Los movimientos de la expedición española dejaban el mar en su flanco izquierdo protegido por la división naval, estando el flanco derecho guarnecido por el ejército napolitano con quien actuó en consonancia. Más adelante, la llegada de otros 3.000 efectivos a finales de junio de 1849 fue lo que le permitió ocupar y desarmar Terracina, San Felice, Piperno, Porto d'Anzio, Velletri, Valmontore y Palestrina antes del final de la guerra.⁴⁵ Tras la conquista de Roma por Francia el 30 de junio y puesto en fuga Garibaldi, los esfuerzos de los militares españoles se centraron en alejar al revolucionario italiano de los Estados Pontificios obligándole a entrar en Toscana y cerrándole el paso a los Abruzzos, para lo cual ocuparon Spoleto, Rieti, Narni y Terni.⁴⁶ Aunque no se logró apresar a Garibaldi, lo que hubiera sido un éxito militar, las últimas investigaciones corrigen ciertos errores comunes en la historiografía clásica italiana que, basándose en informaciones equivocadas, permiten «realizar comentarios irónicos sobre los soldados españoles y el general Córdova (...) para mayor gloria de Garibaldi».⁴⁷ Aunque no

⁴² Carta de Pidal al Nuncio, 7-5-1849. ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 3, pp.740-741. 1-1-1849.

⁴³ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 3, pp. 634-635. 1-1-1849.

⁴⁴ Vicente PUCHOL: *La intervención...*, pp. 109-112.

⁴⁵ ASV, NM, sig. 313, tit.8 parte 3 pp. 638-640. 1-1-1849, pp. 641-642, 1-1-1849, pp. 643-650. 1-1-1849.

⁴⁶ ASV, NM, sig. 313, tit.8 parte 3 pp. 663-666. 1-1-1849.

⁴⁷ El comentario bibliográfico en: Vicente PUCHOL: *Diario...*, pp. 169-173.

lograron su objetivo, los cinco días de marcha forzada que les llevó por Valmonte, Castel Madama, Vicovaro, San Polo, Nerola, San Giovanni Reatino y Rieti fueron considerados entre el resto de militares como una proeza que se creía irrealizable. Además, impidieron a Garibaldi penetrar en el reino de Nápoles.⁴⁸ Con todo, Pío IX aún no había entrado en Roma y la actuación española todavía no había finalizado.

El proyecto de neutralidad y el servicio de espionaje

En la decimotercera conferencia (13/8/1849) se trató otro importante proyecto español. Recogiendo lo pactado en el Congreso de Viena de 1815 y el decreto de la neutralidad de Suiza que tiempo después se extendió a Bélgica, Martínez de la Rosa pretendía hacer lo propio con la Santa Sede en una operación política internacional que debía asegurar su territorialidad, negándole la posibilidad de aumentar o disminuir su territorio. El cardenal Antonelli aprobó la propuesta con agrado. Ese pacto internacional podía blindar diplomática y jurídicamente la seguridad territorial y la estabilidad política del papado. El reino de Nápoles también aprobó la iniciativa que, si no cristalizó, fue por Austria y Francia. La primera porque aún dando su visto bueno quería evitar posibles malas interpretaciones de lo pactado a través de ese proyecto de neutralidad. En este sentido, creía necesario adjuntar una apelación especial de la propia conferencia que contuviera una cláusula de inviolabilidad territorial para que, en caso de una nueva invasión de los territorios, lo pactado no impidiera una nueva actuación sobre el terreno de los países católicos y suscitase las quejas tanto de los países extranjeros como de los revolucionarios italianos, recordando lo acaecido en Suiza en 1847. Aunque Francia aprobó inicialmente el plan, dijo que no podía respaldarlo sin el apoyo del gobierno, debido a su condición especial de país católico y republicano y porque pensaba que el proyecto solo tendría vigencia entre los países reunidos en Gaeta ya que, por las propias circunstancias que rodeaban a la conferencia y atendiendo a su limitada composición internacional, no podía garantizar la adhesión del resto de países europeos. Ante estas críticas, España reiteró la idoneidad del proyecto porque esperaba que una vez firmado ese acuerdo se adscribieran otros países a imitación de lo pactado en Gaeta por las cuatro naciones. Finalmente no se llegó a acordar nada y el proyecto de neutralidad se dejó de tratar.⁴⁹

En lo relativo al servicio de espionaje español utilizado para vigilar a Garibaldi tras huir del cerco de la tropa española, sabemos que el agente secreto que firmaba como «el consabido» lo localizó en Tetuán, desde donde el revolucionario italiano se desplazó hasta Tánger para recibir la correspondencia que le llegaba vía Gibraltar. No se le apresó porque estaba protegido por el Reino Unido, pero sí que se controlaron sus movimientos. Las redes de espionaje informaron que el general revolucionario Galletti daba a Garibaldi «muchas y prontas esperanzas y le previenen esté preparado para que al primer aviso nada le detenga», pese a que Garibaldi respond-

⁴⁸ Vicente PUCHOL: *Diario...*, pp. 203-204.

⁴⁹ ASV, NM, sig. 313, cap.8, parte 3 pp.663-666.

ía «que si en todo el próximo junio no se consigue nada de lo que tanto espera, se marchará con sus oficiales a EEUU, o a una de las repúblicas de la América española», como finalmente terminó haciendo por el fracaso de la revolución. La información se conseguía por la amistad trabada entre el espía español y la persona encargada de llevar la correspondencia a Garibaldi. Este tipo de operaciones terminó de configurar la intervención militar española en defensa de Pío IX, ya que el movimiento esperado por Garibaldi hubiera significado un nuevo levantamiento armado en Italia en pos de la revolución italiana y contra el gobierno temporal de Pío IX.⁵⁰

¿Una legión española al servicio de Pío IX?

Derrotada la República Romana, el cardenal Antonelli anunció en Portici, en mitad de la decimocuarta conferencia (22/9/1849), las nuevas bases reformistas del gobierno de Pío IX para los territorios pontificios y un decreto de amnistía parcial para los revolucionarios. Además trató de armonizar la nueva autoridad de Pío IX con las autoridades militares extranjeras existentes en el territorio. España expuso la necesidad de crear y reorganizar las tropas pontificias para que supliesen a los ejércitos extranjeros para la defensa del papado. Aunque de nuevo se encontró con la negativa francesa, quien pensaba no era un plan positivo por las necesidades bélicas de un conflicto todavía irresuelto. Por su parte, Pío IX prefería tener una guarnición española a su servicio por su celo y valor y, sobre todo, porque sus principios no eran como los franceses tan opuestos a los de la Santa Sede.⁵¹ En la última conferencia (11/3/1850) se preparó el retorno de Pío IX a Roma, quien agradecía a las cuatro naciones católicas su ayuda para restablecer su autoridad política, y les prometía mejorar las instituciones y trabajar por el bienestar del pueblo. Francia dejó una guarnición militar para garantizar su seguridad e independencia, y el propio Pío IX deseaba que la conferencia no se disolviese mientras durase la ocupación militar, pese a que finalmente se decidió ponerle fin.⁵² El 9 de abril el papa entró triunfante en Roma respaldado por los cuerpos diplomáticos de España, Francia, Dos Sicilias, Austria, Rusia, Baviera, Cerdeña, Toscana, Brasil, México, Ecuador y Chile.⁵³

Los objetivos iniciales que habían justificado la expedición en defensa de Pío IX habían terminado, pero no así la misión diplomático-militar de España. En septiembre de 1849 el gobierno español ordenó el retorno de los soldados por cuestiones de índole política y económica.⁵⁴

⁵⁰ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 p. 595. Informe del Consabido, 14-5-1850. El general Galletti fue uno de los militares al servicio de Garibaldi en Roma. Vid. Charles EDMUND: *The revolutions of 1848*, Nueva York, HHP. 1969, p. 474.

⁵¹ ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3 pp. 669-676, y p. 878. 21-10-1849.

⁵² ASV, NM, sig. 313, cap.8 parte 3, pp. 677-680.

⁵³ *La Ilustración*, 27-4-1850.

⁵⁴ El principal problema era el excesivo presupuesto militar, pues la campaña italiana aumentaba el gasto sin repercutir en la mejora de la defensa nacional. Incluso la prensa progresista hablaba de un gasto de 8 millones de reales «si el año que viene, por circunstancias fortuitas, por antojos del gobierno, o por quijotadas como las de Italia (...) fuese necesario sostener la fuerza que actualmente tenemos». Cfr. *La*

En reacción a ello, el nuncio informó al gobierno que la estabilidad política de los Estados Pontificios dependía de España y del mantenimiento de sus tropas en Italia. De otro modo, Pío IX se vería sujeto a las exigencias de Francia. Incluso se estudió la posibilidad de que los gastos militares españoles fueran pagados por la Santa Sede. Pero lo cierto es que los oficios cruzados entre Roma y Madrid, las distintas órdenes y contraórdenes, solo alargaron la estancia de la tropa en Italia sin evitar que entre enero y marzo de 1850 regresara a España.⁵⁵

Sin embargo, los planes militares españoles continuaron a pesar de que, tras el regreso de los soldados, no se volvió a Roma para defender a Pío IX. A propuesta del general Narváez, se insinuó al nuncio la posibilidad de crear un nuevo cuerpo voluntario de tropa española: una legión selecta, apegada a los principios católicos relativos a la moral, al honor y a la fidelidad hacia Pío IX. El servicio sería de seis años y, una vez terminado, se les prometía negociar algún tipo de ventaja o promoción interna. La legión contaría con 10.000 hombres: 8.000 soldados de infantería, 1.500 de caballería y 500 artilleros y zapadores. Deberían agruparse en dos brigadas de infantería con cinco batallones cada una, repartiendo la caballería a partes equitativas entre ellas, con la salvedad de que todo el grueso de la tropa debía poderse formar también en una sola brigada por si tuvieran que maniobrar de esta forma. Cada batallón de los diez totales podría formarse con seis compañías de 125 plazas cada una, con tres cornetas y tambores por compañía con arreglo a los reglamentos militares españoles de esta época.⁵⁶ También se necesitaba de otro tipo de voluntarios necesarios en los ejércitos de esta época como capellanes, cirujanos, mariscales, picadores, armeros y silleros, a quienes al igual que al resto de los componentes de la legión se les daría alojamiento, alimento, pienso, pluses, utensilios de trabajo y las demás ventajas que disfrutaban las tropas más favorecidas al servicio de los Estados Pontificios, siempre y cuando no fuesen menores que los que se abonaban en España en tiempo de guerra.⁵⁷ Los jefes militares, junto al nuncio, se pondrían de acuerdo a la hora de elegir a los oficiales que fueran necesarios para mandar la tropa, la cual debía no estar sujeta a la ley de reemplazo militar. Del mismo modo, gozarían de las mismas ventajas que tuvieran en el ejército español, aunque como premio se les darían 300 reales iniciales a su llegada a los Estados Pontificios junto a la entrega de armas y vestuario.⁵⁸ Si bien este proyecto no acabó por llevarse a efecto sí que se estudió su viabilidad hasta que el papa se convenció de la imposibilidad material de ejecutarlo en junio de 1850, poniéndole fin.⁵⁹ Las gestiones previas llegaron al punto de comenzar el reclu-

Nación, 1-12-1849, p. 1. En otras cabeceras se daba una cuenta de los números de la armada española en 1849 (724 cañones, 223 oficiales, 4.083 soldados y 4.949 marineros) y de que mantenerlos provocaría que «la hacienda matará al gobierno». Cfr. *La Época*, 2-12-1849, p. 3. Incluso la prensa legitimista instaba a «la disminución del ejército». Cfr. *La Esperanza*, 3-12-1849.

⁵⁵ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 2, pp. 934-937.

⁵⁶ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 278 y ss.

⁵⁷ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 411.

⁵⁸ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 411.

⁵⁹ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 216.

tamiento y discutir los pormenores del plan militar, signos indicativos del interés y apoyo del pontificado.⁶⁰

El debate político-militar sobre la intervención española en Italia

Junto al proyecto de reclutar una legión para servir al Pontificado, y mientras se discutía si la expedición española debía permanecer o regresar a España, otros planes militares fueron estudiados por el gobierno de Narváez, si bien no cristalizaron. En este sentido, la vinculación entre los aspectos militares y políticos en los debates parlamentarios y periodísticos, y de ambos con la política exterior española frente a la revolución italiana, fue enorme. La prensa vinculada con el gobierno moderado animaba a seguir los dictados oficiales, informando de la preferencia que Pío IX había mostrado por la permanencia de tropas españolas en Roma, y de la alarma que supuso para el papa enterarse de que iban a ser repatriadas: su propuesta era dejarlas en Roma para estar al cargo la seguridad pontificia y mantener la paz en sus territorios.⁶¹ Una maniobra criticada por la prensa progresista, pues se trataba «de preparar la opinión pública para obtener que la expedición española pueda permanecer en Italia (...) mientras que los gastos que ocasiona hacen que las otras clases (...) sufran aquí los rigores del hambre» por su elevado coste. Cuestionándose, además, si el azote de peste que azotaba a Italia no obligaba a un inmediato regreso de los soldados, cuya misión era reaccionaria: «nuestras tropas diezmadas por el azote del cielo, permanecerán en Italia para proteger la restauración del pontificado puro contra todo espíritu racional de reforma», y así el gobierno «entregará a los españoles de aquí y de allá a las espantosas calamidades del hambre y del cólera».⁶² La prensa conservadora y católica defendía que la única solución «para contentar a todos, a los que gritan contra la permanencia de la expedición española en Roma, y a los que verían con gusto tuviesen los españoles el honor de dar guarnición en Roma», sería apoyar el reclutamiento voluntario de una legión española «recibiendo en ello tan señalada muestra de confianza por parte de la Santa Sede». No obstante, no se hacían ilusiones porque «el gobierno creería eximirse de toda responsabilidad acerca de los resultados» y los voluntarios podían imbuirse «de ideas más o menos revolucionarias, y el día menos pensado hicieran en Roma alguna que fuera sonada».⁶³

Mientras la expedición española estaba en Italia, el cardenal Antonelli previno en noviembre de 1849 de la dificultad de levantar una legión española por no estar España en necesidad de defenderse y por la tradicional aversión de los españoles por el servicio militar. Además, estaba enterado por el general Lersundi que los 25.000 mozos que se sorteaban para cumplir el servicio militar eran necesarios para España y, por eso, anticipaba que las Cortes no aprobarían que una parte del cupo integrase la guardia pontificia. Otras razones que alejaban al represen-

⁶⁰ Sergio CAÑAS: "El reclutamiento de voluntarios españoles en defensa de Pío IX (1850)", *Spagna Contemporanea*, 52 (2018), en prensa.

⁶¹ *La Época*, 1-12-1849, p. 3. *El Heraldo*, 1-12-1849.

⁶² *La Nación*, 5-12-1849, p. 3.

⁶³ *El Católico*, 6-12-1849, p. 1.

tante de la Santa Sede del proyecto fueron las distintas intenciones militares españolas y las necesidades de la Santa Sede, algo que ya había frenado algunos proyectos preliminares por ser muy caros y por incluir los mismos elementos de un ejército normal cuando «Su Santidad, no haciendo guerra, no tiene necesidad» de zapadores, mineros, y otro tipo de fuerzas especiales. Tampoco el nuncio estaba de acuerdo en el número de oficiales incluidos, cuyo sueldo era bastante más elevado que el de los soldados, y en general desechó los altos salarios de los legionarios porque superaban el coste de la guardia suiza llegando a decir necesitaban del «tesoro de Craso» para poder pagarse. Sirviendo en un país pacífico pensaba que las indemnizaciones pedidas, que eran las de tiempos de guerra, no se ajustaban al presupuesto ni a la intención de la Santa Sede.⁶⁴ Incluso algún periódico moderado señaló que el gobierno español aprobaría un reclutamiento de 3.000 voluntarios, que pagados «por Su Santidad» viajaran a Italia en cuanto la primera expedición tocara suelo español.⁶⁵

Pese a estas dificultades y el cruce de proyectos distintos, en abril de 1850, una vez ya no quedaban soldados españoles en Italia, el nuncio Brunelli retomó el plan de Narváez para reclutar una legión de voluntarios españoles.⁶⁶ Incluso el presidente del gobierno le comentó la posibilidad de tomar oficiales carlistas exiliados en Francia, atendiendo a lo menguado del erario pontificio y que en el caso de generales como Villareal garantizaban habilidades militares y devoción a la Iglesia y al papa.⁶⁷ No obstante, la opción fue posteriormente descartada. Tras estas negociaciones, Brunelli informó a las sedes episcopales españolas sobre la necesidad que tenía Pío IX de contar con un cuerpo de tropas que le asegurasen la tranquilidad en sus estados, y de la elección de España «por la honradez y nobleza de su carácter, y por los sentimientos de religiosidad, acatamiento y firme adhesión hacia la Santa Sede». Avisándoles de que también había oficiado al gobierno nacional en los mismos términos, les aseguraba que ni el gobierno ni su reina habían «vacilado en permitir dicho alistamiento con tal de que los que quieran inscribirse no estén sujetos a la ley del reemplazo del ejército».⁶⁸ La noticia fue recibida con alegría por la prensa católica y conservadora, pues el reglamento creado obligaba que los voluntarios fueran gente con una «moralidad sin tacha» y garantes de «las más sanas ideas religiosas y monárquicas», es decir, «no estar imbuidos de ciertos principios» más o menos revolucionarios o legitimistas. Los jefes de la legión debían ser oficiales «de toda confianza, distinguidos por su adhesión profunda y sincero respeto a la Santa Sede y al trono, no menos que por su valor».⁶⁹

Aún así, el nuncio espolé a la prelatura española para prestar su ayuda porque fracasar sería desairar a Pío IX, un menoscabo del honor de España y animaría a la impiedad a lanzar ataques contra la religión. Pero también había que obrar prudentemente para:

⁶⁴ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 411 y ss.

⁶⁵ *El Heraldo*, cit. en *El Católico*, 6-12-1849. Este proyecto no contaba con ningún tipo de confirmación oficial ni hemos hallado constancia documental del mismo.

⁶⁶ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 184-185.

⁶⁷ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 192.

⁶⁸ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 219-298.

⁶⁹ *El Católico*, 6-12-1849, p. 1.

(...) dirigirse a todos los curas párrocos (...) encargándoles que tanteen a la mayor brevedad posible el espíritu de sus respectivas feligresías, advirtiéndoles que si bien deben poner en obra toda su actividad y empeño con exhortaciones e insinuaciones eficaces al afecto, sin embargo, procuren proceder en esto con la posible prudente reserva.⁷⁰

La prudencia era el medio de evitar que la segunda intervención militar española y el proyecto de dotar de defensa armada a Pío IX fuese aprovechado para criticar al gobierno moderado. Por eso el marqués de Pidal recomendó al nuncio que cuidase de embarazar o disgustar al gobierno español con sus gestiones y siguiese su indicación de elegir oficiales hábiles, auténticos hombre de honor de principios rectos y religiosos, de lo que dependería en gran medida el éxito del plan.⁷¹ Aun así, los anuncios pronto tuvieron su eco social y político. La estrecha colaboración eclesial-militar para el reclutamiento de voluntarios generó críticas entre los sectores progresistas, produciendo ciertas alarmas entre algunos sectores eclesiásticos vaticanos para que el clero no se viera mezclado con este asunto. Por el contrario, la crítica de los sectores conservadores responsabilizó del poco éxito de la empresa a la falta de ayuda gubernamental.⁷²

Para empezar, existía un debate ideológico donde la oposición progresista, representada en el parlamento por el diputado Olózaga, le preguntaba al presidente Narváez para qué había servido la anterior expedición a Italia. Lo que era recogido en la prensa católica del siguiente modo: «El bando progresista no podía menos de enardecerse contra la expedición, comparándola con el ejército francés de 1823 en España, destinado a ahogar la libertad en Italia, así como aquella vino a hacerlo en España». El general Narváez respondía que más allá del «carácter internacional» la expedición militar era importante por su sentido «político y religioso», ya que todos los españoles reconocían en Pío IX al «Soberano de Roma» y al «Jefe de la Iglesia». En suma, defendió la intervención diciendo que España actuó «para librar al Pontífice de las hordas de sicarios, y para que pudiera ejercer con libertad sus elevadas funciones». Incluso, llegó a comparar a Pío IX con Cristo y a los revolucionarios romanos republicanos con las turbas de judíos que se sublevaron contra Jesús, un argumento alabado por la prensa conservadora y católica que dijo era una respuesta digna del jefe de un gobierno católico.⁷³ Por su parte, la prensa moderada publicaba cartas de la jerarquía eclesiástica de Rieti y Sabina, y misivas del general Córdova enviadas desde Terracina, lugares donde habían intervenido los soldados españoles, que mostraban la pena producida por «la marcha de las bizarras tropas españolas», y manifestando que ese era el sentir «de los obispos, gobernadores de distrito, presidentes de las municipalidades, de las comisiones, y de todos los buenos ciudadanos».⁷⁴

⁷⁰ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 219-298.

⁷¹ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 411.

⁷² ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 454 y ss.

⁷³ *Revista católica*, 91, 1851, p. 19.

⁷⁴ Recordemos que los oficiales dieron dinero a las personas pobres antes de partir de Rieti. Cfr. *El Clamor público*, 24-1-1850.

En segundo lugar, existía un debate económico. El progresista general Pavía criticó que la expedición había sido pensada para formarse sin caballería, ajustando el gasto militar al presupuesto del gobierno, pero que «llegando la expedición a Gaeta, y teniendo que hacer una marcha a Terracina, fue necesario que el rey de Nápoles facilitase los caballos necesarios (...) y un escuadrón de su ejército para que nuestras tropas pudiesen ir a Terracina para expulsar de allí las fuerzas revolucionarias de Roma que la ocupaban». Entendida esta ayuda napolitana como una ofensa a «nuestro ejército y al sentimiento nacional», el gobierno mandó un regimiento de caballería y ganado para mover la artillería, lo que había disparado el gasto militar presupuestado. La respuesta del ministro de la Guerra, el marqués de la Constancia, adujo que era un debate tocante a la legislatura anterior y que en ella se había aprobado el proceder del gobierno: si se habían enviado caballos y ganado era por cumplir lo acordado en Gaeta con el resto de potencias. A continuación, hizo una lectura positiva de la actuación militar española:

El pabellón español en esta expedición no ha sido desairado, como dicen el señor Pavía, y antes por el contrario, el rey de Nápoles ofreció el mando del ejército al general Córdova, y si esto no tuvo efecto por motivos de política (...) es un hecho positivo, así como que la conducta de las tropas españolas ha sido brillante, honrando sobremanera el pabellón español. (...) Todos saben que ha habido provincias enteras de los Estados Pontificios sometidas al ejército español, y que en ellas ha sido restablecido el gobierno pontificio sin derramamiento de sangre y conservándose inalterable la tranquilidad. (...) Las tropas españolas han ido a restablecer el gobierno de Su Santidad, y este se ha restablecido: la España no se ha comprometido a otra cosa. Los revolucionarios han sido desechos por las potencias que han contribuido a ello, y así nada nos queda que hacer en esta parte.⁷⁵

Pero mientras se discutía sobre la intervención militar anterior, también se dirimía si España enviaría o no un nuevo cuerpo militar a Italia. Ante el silencio del gobierno, la prensa católica se preguntaba si el proyecto de reclutar una legión voluntaria era cierto, pues el nuncio había comenzado a dirigirse al clero español en ese sentido y ni el clero, ni el gobierno ni la prensa moderada afirmaban ni desmentían los rumores.⁷⁶ Por su parte, los diarios napolitanos también se hizo eco de esa posibilidad. Según algún diario español en Europa, se rumoreaba que solo España podría reclutar dicha legión dada esa coyuntura continental, por ser soldados apreciados por la Santa Sede y «antiguos oficiales aguerridos en las distintas guerras civiles que por tanto tiempo han desolado ese hermoso país».⁷⁷ Fue la prensa progresista la que publicó que se estaba formando «con autorización del gobierno, pero de manera subrepticia, una legión a sueldo del gobierno de los Estados Pontificios». La información provenía de la ciudad riojana de Haro, donde se había verificado que el párroco estaba conforme a participar del reclutamiento

⁷⁵ *La Patria*, 13-2-1850, p. 3.

⁷⁶ *El Católico*, 1-3-1850, p. 1.

⁷⁷ *España*, 1-3-1850. La segunda cita corresponde a la prensa francesa y romana. Cfr. *La Patria*, 9-3-1850.

ordenado por el nuncio.⁷⁸ Un hecho criticado ya que mezclar al clero y otros hombres de paz con ocupaciones propias de hombres de guerra perjudicaba la dignidad eclesiástica «dando ocasión de que los enemigos de nuestra religión desprecien y escarnezan a sus ministros». Incluso denominaron el proyecto como una «nueva Cruzada» compuesta de «caudillos de huestes armadas, agentes de masas destructoras de todo el que no profesa sus creencias y enemigos de los que no apoyen servilmente los proyectos de la reacción clerical». Incluso deslizaban una burla: «Deseamos por momentos que se pase lista a los voluntarios secuaces de la sotana por los pastores del rebaño del Señor. Será gracioso ver a los peseteros de la fe mandados por la gente de casulla y roquete (...) y muy conveniente que el ayuno y el cilicio cedan su puesto al prest de campaña y necesidades de la guerra».⁷⁹

También el periodismo católico criticó tener que informarse del proyecto por la prensa francesa ante el silencio del gobierno español, diciendo que «es muy de sentir tener que mendigar de periódicos extraños lo que tanto atañe a nuestras glorias». Desconociendo la prudencia que guiaba los pasos del gobierno moderado y la nunciatura, publicaron íntegra la circular de la diócesis de Ávila donde se daban todo lujo de detalles sobre el reclutamiento.⁸⁰

⁷⁸ *El Clamor popular*, 4-3-1850. Cit en *La Nación*, 8-3-1850, p. 3.

⁷⁹ *La Nación*, 8-3-1850.

⁸⁰ *El Católico*, 12-3-1850, p. 3.

«NOS EL LICENCIADO DON VALENTÍN PIZARRO, canónigo doctoral de la santa apostólica iglesia catedral de esta ciudad, gobernador eclesiástico por el Ilmo. señor don Manuel Lopez Santisteban, obispo de la misma y su diócesis, del Consejo de S. M. etc.—A todos los arciprestes y vicarios, curas párrocos y ecónomos del obispado salud en Ntro. Señor Jesucristo.—El Excmo. é Ilmo. Sr. Nuncio apostólico en estos reinos por circular dirigida á todos los diócesanos con fecha 23 del próximo pasado, manifiesta la necesidad en que se halla el Santo Padre de un cuerpo de tropa valiente y fiel que le asegure el órden y tranquilidad en sus Estados; y sus soberanos deseos de que esta fuerza se componga de españoles desde el primer jefe hasta el último soldado por la mayor confianza que le inspira la honradéz, nobleza de caracter, sentimientos religiosos y firme adhesión de esta nación hácia la Santa Sede. S. E. I. está completamente autorizado para hacer un alistamiento de ocho á diez mil hombres, y cuenta con la venia del gobierno de S. M. á condicón de que los que quieran inscribirse no estén sujetos á la ley de reemplazo del ejército.—Aunque el Santo Padre cuenta sobre todo con el espíritu religioso de los españoles, y deba suponerse que por este serán movidos los que se decidan á alistarse; sin embargo, conviene sepan que en cuanto á su mantenimiento se les tendrán las mismas consideraciones de que goza el soldado del ejército español con alguna ventaja mas; como por ejemplo, en vez del prest mensual de cincuenta y tres reales que está fijado por nuestra ordenanza, disfrutarán el de sesenta reales de los que por supuesto debe hacerse el descuento de costumbre segun reglas de toda milicia. El tiempo por el cual deberán obligarse al servicio del Santo Padre será el de seis años, sin perjuicio de que concluido este periodo puedan los que quieran continuar en el mismo servicio, siempre que el gobierno pontificio estime todavia necesaria en aquel territorio la existencia de una tropa estrangera.—Mientras las actuales circunstancias de los Estados de la Iglesia reclamen con urgencia la realizacion del predicho alistamiento, no desconocen vds. cuánta prudencia y cuánta cautela se necesita para no admitir á este servicio sino individuos de principios verdaderamente religiosos, de moralidad y honradéz á toda prueba y que no sean en manera alguna sospechosos por ideas ó hechos subversivos del órden y sumision á las legítimas autoridades.—Teniendo vds. presentes estos datos se servirán tantear con la mayor brevedad que les sea dable el espíritu de sus respectivos feligreses, empleando al efecto exortaciones é insinuaciones eficaces, pero sin perder de vista en lo posible la prudente reserva, porque como se deja conocer, esto no es mas que un paso preliminar que tiende á sondear el espíritu de los españoles, y calcular con alguna seguridad si podrá realizarse el pensamiento indicado. Y si por ventura, conlra lo que el Sumo Pontífice se promete, el efecto no correspondiese á sus deseos, quedará algun tanto desairada su eminente dignidad y menoscabado el honor de nuestra nacion, cuyo mayor timbre ha sido siempre el ser católica, y no fallaría en esta ocasion quien se aprovechase del desaire en daño de la Religión y de su Cabeza visible.—S. E. I. asegura, que el gobierno de S. M. va á hacer las oportunas prevenciones á las autoridades locales para que no pongan obstáculo á la ejecucion de este proyecto.—Ea vano me detendria yo á ponderar á vds. la importancia de este servicio reconocida como lo está para todas las naciones católicas en el hecho de haber mandado á su costa expediciones armadas para restablecer al Santo Padre en el goce de los derechos de su soberania temporal, y muy particularmente por el gobierno de S. M., que con tanta gloria suya y de la nacion tomó la iniciativa en esta noble empresa, y cierto que no es menos apreciable la conservacion del órden que su restauracion. En vano tambien me afanaria por ascitarles en trabajar con celo en favor del indicado pensamiento; su decidida adhesion á la Santa Sede me dispensa de ello, y me hace esperar con confianza, que daran en esta bella ocasion una prueba inequívoca de su filial amor hácia el Padre comun de los fieles.—Del resultado que ofrezcan sus buenos officios, darán razon los curas y ecónomos á sus respectivos arciprestes y vicarios, y estos á la secretaria de cámara de nuestro ilustrisimo prelado. Dado en Ávila á 4.º de marzo de 1850.—El gobernador eclesiástico por S. S. I., licenciado don Valentín Pizarro.»

Toda vez que se hizo público este nuevo proyecto militar, el combate sostenido en la prensa subió de tono. Así, la prensa legitimista dijo que los ataques progresistas al nuevo plan no tenían en cuenta «al honor nacional» y que «nuestro pabellón, a estar en su mano, habría quedado deprimido con los insultos de un bárbaro, indiferentes a los grandes intereses de la humanidad», al igual que «Europa, si en ellos consistiera, aún estaría sujeta a una tiránica esclavitud y al pago de los tributos más vergonzosos».⁸¹ Aludiendo a que la defensa de Pío IX se tomaba por la oposición al gobierno como un asunto político para derrocarlo, y negando que haber enviado una expedición y tratar de mandar otra tuviera el objeto de oprimir a un pueblo extranjero, retroceder al tiempo de las cruzadas, hacer del ejército español un cuerpo mercenario, o mutar la obligación del clero, en todo momento defendieron la iniciativa:

⁸¹ Esta parte del artículo estaba tomado de la exposición de los ministros del rey Carlos X de Francia ante las críticas periodísticas que criticaron la expedición francesa en Argel. Cfr. *La Esperanza*, 18-3-1850, p. 1.

“Doloroso es, en verdad, que a un asunto en que todos los españoles, monárquicos o demócratas, progresistas o moderados, debieran pensar de la misma manera, puestos que todos se precian de pertenecer a la Iglesia católica a cuyo jefe tratan de ayudar (...) doloroso es, decimos, que hasta a un asunto cuyo carácter principal y casi único es religioso, se le haga servir, como a cualquier otro, de medio de oposición política”.⁸²

La misma cabecera analizó la primera expedición dirigida por el general Fernández de Córdova, criticando que «por su escasa fuerza tenía que reducirse a un papel secundario que los demás auxiliares le señalasen», y proponiendo que el gobierno «vistas las ambiciosas intenciones de la Francia», hubiera de haber puesto «en el Pirineo, de acuerdo con Austria y Nápoles, un ejército respetable que la inclinara a entrar de nuevo en el pensamiento común». También criticaba la hipocresía de «nuestros colegas liberales» que nunca habían visto mal la guardia suiza y las ayudas pedidas en España a Francia e Inglaterra en la guerra carlista, pero que sí reprochaban al gobierno moderado ayudar «al bondadoso y desgraciado Pío IX». Dando muestras de su ideología sentenciaba finalmente que la lucha por Pío IX era un capítulo más de «las diversas luchas en que nos hemos consumido desde el año ocho hasta acá, más bien que guerras de independencia, de principios políticos y de sucesión a la Corona, han sido periodos diferentes de una misma guerra de religión».⁸³

Por su parte la prensa moderada ridiculizaba los temores vertidos por los progresistas, quienes aseguraban que los voluntarios morirían apuñalados por los revolucionarios romanos y que no habría voluntarios para servir a Pío IX:

“*La Nación* pone el grito en el cielo porque en los pueblos se prestan a alistarse como voluntarios para la legión que ha de destinarse a la custodia del Pontífice. ¿Pues no decíais, pobres progresistas, que ese alistamiento era ridículo porque nadie se alistaría? Pierda también cuidado *La Nación* que los legionarios no han de morir al filo del puñal asesino de los revolucionarios de Roma, como no han muerto los bravos soldados españoles que (...) han regresado vivos, danos y robustos a nuestro suelo, porque los revolucionarios van escaseando por allí”.⁸⁴

Pero la prensa progresista respondía que todo eran ecos de un proyecto que al pasar las semanas no daba ningún tipo de resultado, a pesar de los grandes esfuerzos del clero y del gobierno por materializar la legión de voluntarios. Lo único que se estaba logrando con ello era, a su juicio, desmerecer el prestigio militar y cristiano español, pues aunque el gobierno no oficializó el reclutamiento y no existía compromiso escrito ni legal, «tácita y moralmente nunca está libre de responsabilidad por el buen o mal éxito del proyecto». Según su análisis era un error haber prometido llevar a 10.000 hombres para irse a servir «a un país extranjero a correr todos los peligros de la guerra, sin otra recompensa apenas que los que ordinariamente alcanza el sol-

⁸² *La Esperanza*, 18-3-1850, p. 1.

⁸³ *Ibidem*, p. 1.

⁸⁴ *El Popular*, 11-4-1850.

dado»; el producto de un cálculo político pésimo cuando era difícil reclutar hombres para América, aún cuando se servía «entre españoles y bajo la bandera nacional». Si el gobierno de Narváez quería una empresa militar que diera gloria y honor a «nuestras armas», servir bajo la tutela de Pío IX no era la mejor opción.⁸⁵

La Santa Sede no recibió bien la publicidad dada en la prensa a este proyecto y el debate que se estaba formando a su costa. Finalmente, en junio de 1850, antes de que acabase el tiempo estimado para realizar las pesquisas necesarias pero tras haber recibido informaciones desde toda España, Pío IX decidía abandonar el proyecto.⁸⁶ Las causas del fracaso fueron múltiples: en general, los informes episcopales avisaban de que era un negocio tan conveniente y oportuno como irrealizable. Y no siempre el desempeño del clero fue notable. Los altos y medios mandos del ejército fueron los más interesados en este proyecto, ante la pasividad de las poblaciones cuyos voluntarios no llegaron al millar, y que en su mayoría eran personas muy humildes, incluso pobres, donde sobresalían los campesinos, algunos artesanos y capellanes. En menor medida había estudiantes universitarios, personas de clase media, oficiales carlistas exiliados en Francia y aristócratas legitimistas empobrecidos.⁸⁷

Otros informes militares-clericales apuntaban a que era «tal la índole que se observa que con que el cura les hable en cada pueblo a los paisanos para este fin, ser la suficiente para que no lo hagan, por la desmoralización del siglo en que vivimos», y que los interesados en enrolarse eran «todos los hombres que no sirven para el caso, en una palabra, lo peor de la monarquía».⁸⁸ Los informes episcopales eran de la opinión de que los pueblos estaban cansados de «reyertas y revoluciones» y que si eran mayoría quienes se resistían a servir en el ejército nacional siendo obligatorio por ley, no serían entusiastas de tener que abandonar su hogar para irse a servir a un país extranjero ya que para ganarse la vida les bastaba con quedarse en su tierra. Incluso, se advertía que quienes estarían interesados en enrolarse serían «algunos vagos, hombres de mal vivir y de criminalidad conocida», quienes estaban excluidos de antemano por la Santa Sede y que los obispos no se atreverían a recomendar.⁸⁹

Los informes más analíticos exponían que, sin haber desaire a lo deseado por Pío IX ni elementos impíos que denostaran su proyecto de legión española, lo cierto es que «España es un país poco poblado, (...) muy fértil, y por tales circunstancias sobrante de mantenimientos», y además «por efecto de las guerras últimas civiles (...) escasean los mozos para el servicio de las armas».⁹⁰ Por otro lado, los sitios donde parecía que el servicio militar era más apetecible no podían favorecer este proyecto ya que «existe un banderín de alistamiento para la Habana» y el gobierno español ofertaba mejores condiciones que la Santa Sede.⁹¹ En lugares como Galicia,

⁸⁵ *La Patria*, 18-4-1850.

⁸⁶ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, p. 414.

⁸⁷ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

⁸⁸ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

⁸⁹ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

⁹⁰ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

⁹¹ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

Cataluña, Castilla y algunos puntos de Andalucía se repetían los mismos argumentos que aseguraban la oposición a las armas del pueblo español por la «repugnancia invencible que las gentes de esta provincia tienen al servicio militar». El miedo que suscitaban «los repetidos anuncios que traen los periódicos sobre el estado en que en la actualidad se encuentra Roma y el resto de los Estados Pontificios», y las campañas hechas por los simpatizantes revolucionarios «para amedrentar a los mozos exponiéndoles los peligros y riesgos de ir a Roma», hicieron el resto. En general, podemos decir que el alistamiento fue un fracaso más o menos rotundo: quienes querían entrar al servicio de Pío IX no podían por su condición social o política, o por no cumplir con los requisitos mínimos de edad, y los que hubieran podido hacerlo no estaban interesados salvo algunas excepciones.⁹² En ese caso destacó la archidiócesis de Tarragona donde se encontraron «en un solo punto un batallón de 700 a 800 plazas, y de otro me contestaban que serían muchos sin que se pudiese precisar el número, el cual se aumentaría diariamente así que se empezase el alistamiento formal» o si «el gobierno lo fomenta de un modo ostensible».⁹³

Conclusiones

La intervención militar española en defensa de Pío IX fue el primer impulso importante de la política exterior de la España de Isabel II para tratar de superar la pérdida de peso internacional que vino tras el desmembramiento de casi todo el imperio latinoamericano y el final del Antiguo Régimen, y recuperarse así del desgaste interno que produjo la guerra civil contra el carlismo. La España liberal moderada trataba de buscar su sitio entre las grandes potencias aún cuando ella misma había dejado de serlo, y en cierto modo fue el prelude de las posteriores campañas en el norte de África. Pese a que España no participó en la toma de Roma, la acción principal para devolver a Pío IX al trono de los Estados Pontificios, lo cierto es que esta expedición con tintes de cruzada le volvía a situar en el escenario europeo tras los descalabros militares latinoamericanos, los esfuerzos por terminar con la opción legitimista-carlista y el costoso cambio hacia la monarquía constitucional, que habían ido relegando a España en un segundo plano en el tablero político internacional. También sirvió para mejorar las relaciones del Estado liberal con la Iglesia tras la aplicación de políticas liberales-eclesiales en España, que habían enquistado la relación entre Madrid y Roma. En 1851 se firmó el Concordato con la Santa Sede, y tras este apoyo militar se estaba en condiciones de negociar con cierto éxito. En política interior contribuyó a atraer a la población conservadora española que dudaba del liberalismo, y frenaba los intereses carlistas si pretendían ganarse el favor del catolicismo para su causa. En política europea logró el reconocimiento de potencias católicas y conservadoras como Prusia y Austria.

Militarmente, los hechos de armas españoles no fueron tan importantes como los proyectos que se quisieron realizar, pero sí productivos al lograr alcanzar unos objetivos políticos sin pérdida de vidas y sin participar en un enfrentamiento abierto. Además, la preferencia mos-

⁹² ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

⁹³ ASV, NM, sig. 313, cap. 8, parte 4, pp. 472 y ss.

trada por Pío IX por los soldados españoles queda demostrada por el buen entendimiento entre el Vaticano y Madrid y la proyección de una legión para su defensa. Si algunos de los planes militares españoles no se realizaron se debió a la posición dominante de Austria y Francia tanto o más que a la falta de medios económicos del gobierno español, pero no por impericia o falta de voluntad de la tropa. La persecución y vigilancia a Garibaldi para tratar de atraparlo fue infructuosa, pero sí logró limitar sus movimientos y tenerlo controlado cuando salió de Italia. De haberse intentado producir un nuevo ataque por su parte, el servicio de espionaje hubiera alertado a los aliados de la Santa Sede.

Por este motivo, las conclusiones tan negativas de algunos autores italianos, como Sandri o Berni, y los testimonios críticos de personajes políticos, periodísticos y literarios españoles del siglo XIX frente a la intervención española en Italia son exageradas. Bastante ligadas a la lectura progresista de los hechos analizados, como mínimo han contribuido a minusvalorar y desatender la importancia diplomática y política de todos estos proyectos vistos en mayor perspectiva temática y temporal. Pero tampoco debemos leer acríticamente la información que el general Fernández de Córdova reflejó en su Diario de Operaciones, porque asumiremos como válidas sus propias invenciones, que le daban un papel más importante que el que realmente tuvieron las tropas españolas bajo su mando.⁹⁴ Del mismo modo, la lectura moderada desatendía las razones prácticas e ideológicas que llevaron a Pío IX a preferir tropas españolas su defensa.

Más acorde con los datos obtenidos en esta investigación fue Pérez Galdós cuando escribió que «La expedición queda reducida a un acto diplomático, y únicamente con ese carácter se la puede defender hasta cierto punto» aunque «los actos diplomáticos de un ejército sólo son eficaces después de actos verdaderamente militares».⁹⁵ Un testimonio similar al de A. Conte, secretario de la embajada española en la Santa Sede, quien sin exagerar la contribución militar aludió al beneficio que el envío de tropas y el resto de operaciones subsidiarias supusieron para que España pudiera colaborar con grandes potencias europeas, demostrar su actitud activa como nación católica sin tener o causar muertos y sin sufrir una nueva derrota en un conflicto exterior, y preparar el terreno para la firma de un nuevo Concordato con la Santa Sede en 1851.⁹⁶

⁹⁴ Sergio CAÑAS: "Militares españoles...".

⁹⁵ Benito PÉREZ GALDÓS: *Narvæz*, p. 84.

⁹⁶ Augusto CONTE: *Recuerdos de un diplomático*, Madrid, Imprenta de Góngora y Álvarez, 1901, pp. 432 y ss.